

Ena  
y una Navidad  
para todos







*Este cuento lo creamos para  
impulsar el respeto por  
la diversidad y la inclusión*

# EMA

Me gusta mi nombre. Es cortito  
y fácil de pronunciar: E-Ma.  
La palabra “pronunciar” no  
es tan fácil de pronunciar.  
Fíjate. Inténtalo. ¿Ves?  
No me equivoqué, ¿verdad?  
Es que yo sé muchas cosas y  
eso es porque soy muy curiosa.

Mi mamá dice que la curiosidad es como una ventana abierta: te permite ver cosas nuevas todos los días. Yo por eso ando siempre con mis anteojos muy abiertos.



Sí, dije anteojos y no ojos, porque yo sin mis anteojos no veo bien y a mí me gusta ver bien. Eso es algo muy característico de los curiosos.

Pero volvamos a lo importante, a la historia que les quiero contar. La he titulado: "El misterio del regalo de Navidad olvidado en mi edificio". Yo sé, es un poco largo, tengo que trabajar en ello.



La noche de los hechos sucedió en nochebuena (acá imagínate que empieza una música de suspenso). Mi mamá me había pedido que bajara al primer piso a recoger un encargo y fue ahí cuando lo vi: un regalo perfectamente envuelto que esperaba solito sobre el piso, parecía un perrito abandonado.

*¿Cómo podía haber un regalo sin dueño?*



Le pregunté a Fermín, el portero  
de nuestro edificio, y me dijo:

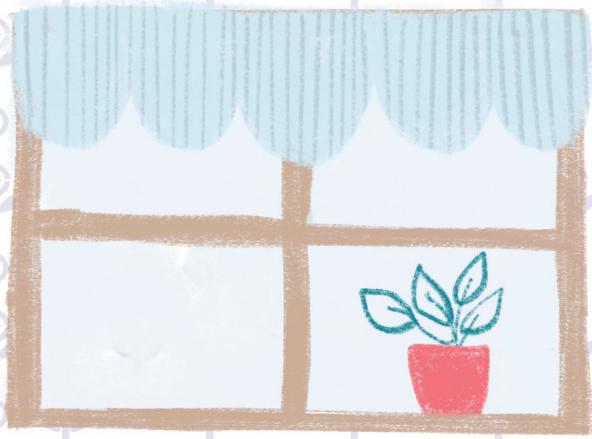
—Ni idea —mientras seguía leyendo su  
perdríorico... pedríorico... ¡Periódico!  
(¡Qué palabra tan difícil!)

—No te preocupes Fermín,  
Ema va a encontrar a su dueño  
cueste lo que cueste.

Emprendí mi búsqueda tocando el departamento 101.  
Me abrió Don Casimiro, un abuelito que no tiene  
nietos pero tiene toda la cara de abuelito.

Él vive con la Señora Elsa, su esposa, que había  
puesto una mesa llena de manjares navideños.  
Tenían un árbol de Navidad un poquito viejito  
pero con muchos adornos y lucecitas de colores.





En el sofá dormía Pegote, el perro a quien quieren como a un hijo. En Navidad lo acompañan más que nunca, porque le asustan los fuegos artificiales.



Y aunque me encantó conocer su casa y fueron muy amables conmigo y me invitaron muchas cosas riquisísimas, me llevé la sorpresa de que el regalo no era de ninguno de los dos. Tampoco de Pegote.

Entonces toqué el timbre 202.  
Lo primero que llamó mi atención  
fue que el timbre sonaba muy bajito.  
Y cuando estaba por volverlo a tocar,  
me abrió la señora Macarena.

Me invitó a pasar ¡y qué linda casa que tenían!  
Todo con colores pasteles y con música bajita  
y tranquila. En la sala estaba el señor Esteban  
y Ramiro, su hijo de diez años.



Ramiro es un niño que se encuentra dentro del espectro autista (si no sabes lo que es eso, pregúntale a tus papás y después regresas a mi historia).

Los papás de Ramiro se preocupan mucho para que él se sienta cómodo. Hay cosas que no le gustan como el ruido o estar con mucha gente. ¡Ah! Pero lo que le encanta es el piano.



Y así, sin que nadie se lo pidiese, comenzó a tocar mi canción favorita de Navidad. Mi mamá hubiera dicho que tocaba tan bien como un señor que se apellida Manzanero.

Y aunque deseaba con todo mi corazón que el regalo fuera para Ramiro, sus papás me dijeron que no era así, que debía ser de otro vecino.

Timbre 303. En ese caso tuve que tocar muchas veces el timbre porque se escuchaba una música a todo volumen.



Me abrieron tres chicas. Parecían ser bastante menores que mi mamá y bastante mayores que yo. Estudian juntas en la universidad. Cuando yo sea grande quiero estudiar en la universidad y quizás vivir con mis mejores amigas y tener una habitación con una gran ventana para mirar las estrellas.

Ellas no tenían una mesa de Navidad servida y su arbolito era una planta de verdad a la que le habían puesto unos ganchitos de pelo.

Me invitaron a bailar con ellas y hasta me dejaron saltar en los sillones. Estaba muy divertida, pero cuando me dijeron que el regalo tampoco era de ellas, tuve que despedirme. ¡Porque una misión que se emprende debe terminarse!



Ahora era el turno  
del departamento 404.  
Me abrió Emilio. Lo llamo  
por su nombre porque dice  
que no le gusta que le digan  
“señor Emilio”. Cuando yo  
sea grande tampoco dejaré  
que me digan señora Ema.



Emilio es arquitecto y creo que tiene el departamento más bonito de todo el edificio. Todo decorado como si fuera una película. Su árbol de Navidad casi podía tocar el techo y tenía un trencito eléctrico que le daba la vuelta al árbol.

Emilio vive con Pedro desde hace mucho tiempo. Pedro es anestesiólogo (no te preocupes, yo también tuve que preguntarle a mi mamá qué era eso). La cosa es que los dos se quieren mucho y son muy felices.



Por lo bien que estaba envuelto el regalo, sospeché que podría ser de uno de los dos, pero ¿adivinen qué? ¡Tampoco!

No me quedó otra que ir al departamento 505, ese al que ningún niño del edificio se atreve a ir: donde vive la señora Berta.

La señora Berta tiene un apodo que le puso el niño más travieso del edificio, pero no se los voy a decir porque no es bueno ponerle apodos a la gente, sobre todo si son ofensivos. Aunque mi papá me dice “Tallarín Balarín”, ¡y a mí me encanta!



Es que para ser francos, la señora Berta no siempre está de buen humor y no le gusta que los niños hagamos ruido o juguemos en las escaleras del edificio. Siempre anda renegando.



Pero si ese regalo era para ella, a mí me correspondía entregárselo.  
¿Sí o no?



Toqué el timbre con un poco de miedo y pude escucharla del otro lado de la puerta:

—¿Quién molesta a esta hora?

La señora Berta se asomó por la rendija. Le expliqué lo del regalo y entonces me dejó pasar.

Su departamento era muy bonito, nada que ver con lo que había imaginado. Estaba lleno de gatitos de todos los colores y tamaños. Cada gato tenía el nombre de un mes: Enero, Abril, Octubre...



Me enseñó una foto en la que salía con su único hijo, que vive en Uruguay. Me dijo que lo extrañaba mucho y que pronto recibiría su llamada para desearse una feliz Navidad.



Quizás el regalo se lo había mandado él, pero ella me dijo que no podía ser porque ella ya había recibido el suyo, unos días antes: uno de esos aparatos a los que les hablas y te ponen música o te dan la hora. Me dijo que todavía no sabía bien cómo usarlo y prometí volver otro día para ayudarla.

Visité el resto de los departamentos y en ninguno encontré al dueño del regalo. Fue entonces que me acordé de mi mamá. ¡Chispas! Debía estar muy preocupada por mí. Volví corriendo a mi casa. Le expliqué lo del regalo y lo frustrada que me sentía de no haber podido encontrar a su dueño.





Fue entonces que apareció papá.  
Mi papá es piloto y siempre llega a horas raras.  
Cuando me vio con el regalo en la mano me dijo:

—¿Y ese regalo?

—No sé de quién es. Lo encontré en el primer piso.  
Y parece no ser de nadie.

—Eso es imposible. Todo regalo tiene un dueño.

Quizás si lo abres puedas descubrir para quién es.

—Pero no puedo abrir un regalo que no es para mí.

—¿Y si es para ti?

Entonces abrí el papel que cubría la caja y en él encontré un telescopio. Yo siempre había soñado con un telescopio, porque me encantan las estrellas y los planetas.



Entonces me di cuenta de que el regalo era para mí y que todo el tiempo que había estado buscando a su dueño, en realidad ya lo había encontrado ¡porque era yo!

Normalmente la nochebuena la pasamos los tres juntos y aunque somos pocos, parecemos muchos.

Pero aquella vez se me ocurrió darle un giro a nuestra Navidad. Tuve una gran idea y las grandes ideas deben llevarse a cabo.



Bajé al primer piso y toqué todos los timbres de mi edificio. Y a todos nuestros vecinos les hice la misma propuesta y aunque no lo crean, todos aceptaron ¡hasta la señora Berta!

A las doce de la noche, nos encontramos todos en la azotea de nuestro edificio. Yo llevé mi telescopio y cada uno tuvo su turno para ver las estrellas y pedir un deseo.



Al final podíamos ser todos muy diferentes,  
pero cuando se trata de soñar y mirar estrellas:

*somos todos iguales.*





*Ena y su enorme corazón han sido el vehículo para que Maca, Chiara, Open y McCann Lima puedan hacer llegar esta historia a miles de personas con la ilusión de acercarnos a pesar de nuestras diferencias.*

\* \* \*

Texto: Chiara Roggero

@frontera7

Ilustraciones: Macarena López

@unarrozsinleche

Diagramación: Paulo González





OPEN